

¡SOBRE LAS AGUAS SIN HUNDIRSE! DESDE LA ESPERANZA Y EL TEDIO HACIA LA CREATIVIDAD

P. José Cristo Rey García Paredes, CMF

El P. José Cristo Rey García Paredes, misionero Claretiano, es Doctor en Teología, experto en Mariología y en Vida Consagrada. Es profesor en el Instituto de Teología de la Vida Religiosa en Manila (Filipinas) y en Madrid (España).

Es autor de una serie de libros sobre la Vida Religiosa, entre ellos: Parábola del Reino, María y el Reino de Dios, Teología de la Vida Religiosa en la era post-moderna.

Original en español

Artículo publicado en la revista Religious Life Asia, Vol. VIII, No. 4 (October-December 2006)

Cuando la misión se vuelve monótona, repetitiva, acostumbrada, todo languidece: la espiritualidad, la formación, la vida comunitaria, el trabajo que se realiza.

Así está ocurriendo en no pocos sectores de la Iglesia. Después de un tiempo de entusiasmo llega el cansancio, el hastío, la pérdida de energía creadora. La misión se vuelve repetitiva. El misionero no es más un místico, un poeta, un creador... se convierte en un funcionario, en un trabajador. Y la causa profunda de esta situación es el deterioro de la esperanza teológica y la crisis del sentido de la vida.

I. Comprender la crisis de Esperanza

No tiene sentido la vida por la mera razón de que dispongamos de muchas diversiones. La sociedad del ocio las ofrece abundantemente. Ni tiene sentido la vida porque dispongamos de un instrumental tecnológico admirable que excita nuestra curiosidad y nos permite hacer lo que antes creíamos imposible. No tiene sentido la vida por el mero hecho de que podamos comer, dormir y disfrutar de la sexualidad. ¡Tiene sentido aquella vida que es capaz de superar el hastío! ¡Tiene sentido aquella vida que está planteada a largo plazo y todo en ella adquiere razón de ser!

La cuestión que se nos plantea es, entonces, ¿cómo recuperar la esperanza? ¿Dónde encontrar hoy el sentido de la vida? Sólo la esperanza hará que renazca

en su auténtica misión que Jesús nos confió.

1. “*Vita brevis*”

Es limitado el espacio de vida que se nos ha concedido a cada uno. Tras la infancia, pasamos muchos años en formación; después viene la etapa productiva y reproductiva: ¡son de suyo pocos años! Y –como dice el salmista- pasan aprisa y vuelan. Luego viene la etapa de la llamada “tercera edad” que –salvo que no ocurra ningún serio accidente- cuenta con una “vida extra”, prolongada, frecuentemente en veinte o veinticinco años.

La pérdida de intensidad utópica es notoria en nuestro tiempo. La mentalidad pos-moderna se ajusta mucho más a la finitud, a lo concreto, a lo posible. Pasó el tiempo de la construcción de grandes catedrales que requerían el paso de varias generaciones para poder disfrutarlas. Ahora no nos damos plazos muy largos. Pasó también el tiempo de la gran retórica y de los heroísmos, de las grandezas y de las super-responsabilidades. Hoy nos ajustamos más a nuestra limitación y hablamos con más modestia de nuestras realizaciones.

Aunque hay abanderados que proclaman que “otro mundo es posible”, “otra democracia es posible”, sin embargo, se percibe una inteligente resignación ante el ritmo lento de un progreso que, por otra parte, nos puede deparar muchas sorpresas.

2. El “*don*” de la esperanza

Los cristianos confesamos que la esperanza es un don. No procede de nosotros, ni de nuestras energías ocultas. Se nos regala cuando creemos que el Reino de Dios llega y se hace presente, cuando constatamos que nuestra súplica “¡Maranatha!” es escuchada. Cuando advertimos en nuestro espacio vital las pisadas del Hijo del Hombre.

La esperanza es sensibilidad divina contagiada en nuestro ánimo. A quien le es concedido esperar, supera los límites que su muerte le impone, los intereses más personales e individuales que lo motivan; se siente, sin saber cómo, afectado por “el todo”: todo le interesa, desde su familia, su comunidad, su patria, hasta la humanidad entera, la naturaleza y el cosmos.

Quien espera sabe que hay “camino, verdad y vida”; se siente envuelto en la luz de la Resurrección de la carne; en ese horizonte impresionante ubica todo lo que acontece.

Nuestra esperanza sólo se enciende cuando prende en nosotros la Luz de Dios. Nosotros somos incapaces de encenderla, pues no pertenece al ámbito de nuestra “luz propia”. La comunión con Jesús, la participación de su Espíritu, la vivencia intensa de la Alianza con nuestro Abbá la hace posible. Nuestra tradición la ha considerado “virtud teológica”, es decir, energía que sólo se explica desde Dios.

3. Cuando nos falta la esperanza...

Cuando nosotros, los seres humanos, nos creemos autosuficientes y renunciamos a vivir en alianza permanente de amor y de visión con nuestro Dios, entonces entra en crisis el amor, la fe y la esperanza. Son tres energías divinas que se mantienen vivas en nosotros gracias a la conexión viva con nuestro Dios.

Cuando nos falta la esperanza la curiosidad y el snobismo ocupan su lugar. No interesan entonces:

- * los grandes horizontes, sino los grandes espectáculos;
- * no la formación, sino la información adictiva;
- * no la sabiduría, sino la curiosidad siempre inquieta;
- * no la transformación, sino el maquillaje y el “fitness”.

Disfrutamos más proyectando sueños vanos, que haciéndolos realidad.

A la vida consagrada no le falta curiosidad, ni información, ni agendas llenas de proyectos, ni diversos intentos de maquillaje. Lo que me pregunto es cuánto espacio ocupa “la esperanza teologal” cuya llama sólo la comunión con Dios enciende y cuyos efectos son notorios en una admirable “novedad de vida”, e innovación creadora. ¿No se dice que la esperanza es activa y creadora?

Los ojos de la desesperanza comienzan a funcionar ya, cuando nos miramos a nosotros mismos. En lugar de ver la vida, vemos la muerte. Extrapolamos, antes de tiempo, el polo de la muerte al de la vida. Vivimos atados a la muerte, cuando pensamos que “ya no merece la pena” embarcarse en demasiadas cosas; cuando renunciamos a “dar el do de pecho” en una nueva actividad, a volver a repetir el entusiasmo que en otro tiempo nos llevó a hacer locuras. Hay quienes se desencantan ante las dificultades que encuentran y abandonan sus bellos proyectos; ¡dejan de creer en el futuro!

Cuando la desesperanza cunde, nuestras reuniones comunitarias están determinadas por silencios, bloqueos ante las nuevas iniciativas, escepticismo ante los proyectos que nos proponen los más jóvenes o las personas más sensibles a la profecía. El escepticismo y hasta el cinismo nos desconectan de Dios y hacen imposible la esperanza. Somos como el que entierra su talento y piensa que no merece la pena trabajarlo ya (Mt 25,24-25-30). Nos hacemos muy difícil la experiencia de la esperanza unos a otros, cuando ante cualquier iniciativa decimos “¡imposible!” o “¡no merece la pena!

Desbloqueamos la esperanza, en cambio, cuando nos recordamos que nuestro Dios suele elegir instrumentos pobres y débiles para confundir a los fuertes y que “todo es posible para el que cree” (Mc 9,23) y que Dios puede hacer de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9). ¿Qué nos ocurriría si de verdad hiciéramos espacio al futuro que Dios nos ofrece, al futuro apocalíptico del Reino, en nuestro presente?

4. ¿Un presente precario? ¡No todavía!

Si contemplamos las generaciones que actualmente formamos la vida consagrada, constatamos que no hay motivos para el escepticismo. Es verdad, que algunos, fuera de la vida religiosa, están vendiendo la idea de que “estamos ya para el arrastre”, de que esta vida religiosa actual molesta más que ayuda. Pero, nos podemos contemplar con otra mirada menos malévola.

En la película del “Gran Silencio” Philip Groaning ha filmado la vida de un monasterio cartujo que puede muy bien servir de parábola de la vida consagrada. Prevalecen los monjes ancianos, curtidos por los años, pero no falta la media edad, ni tampoco los jóvenes y nuevos candidatos. En ese monasterio la cámara sólo capta belleza, encanto, serenidad.

Como cuando se detiene en los rostros y en especial en el rostro tan esculpido de un monje anciano que sólo invita a penetrar en el misterio.

Hablamos frecuentemente de números, estadísticas y del envejecimiento mayoritario dentro de la vida consagrada. Pero la cuestión que debemos plantearnos es: ¿qué es la vejez? ¿Es un territorio de esperanza? ¿Sí o no? ¿y la juventud que llega desde diferentes países? ¿es un territorio de esperanza?

“La vejez es tan larga, que no hay que comenzarla demasiado pronto” (Mark Twain).

La vida religiosa actual en bastantes países acaba de recibir un regalo fabuloso: una “vida extra”¹: ¡de quince a veinte años suplementarios! Están a disposición de los religiosos y religiosas adultos. Y, lo que es aún mejor, podemos consumir ese plus de existencia con buena salud e incluso en plena forma. Se está dando una revolución que nos altera de manera durable el cuerpo, la conducta y el modo de pensar; y transforma también los equilibrios de la sociedad y el futuro de nuestros jóvenes y descendientes. Se trata de un cambio capital en nuestra historia que nos afecta a todos. No se prolonga sólo nuestra vida. También nuestra vitalidad. Hasta hace poco la existencia se dividía en tres etapas: infancia (el lapso del desarrollo), edad adulta (el lapso de la actividad) y vejez (el lapso de la decadencia). Recientemente se les ha agregado la adolescencia; y se acaba de descubrir otro lapso de transición, una nueva edad, entre madurez y senectud, de los 60 a los 75 años: una segunda adolescencia, quizás tan agitada como la anterior.

La vida religiosa actual en bastantes otros países está recibiendo otro regalo fabuloso: nuevas generaciones de otras culturas que intentan vivir con pasión esta forma de vida. Los carismas-semilla están germinando en África, Asia, Oceanía, de modo admirable. Ya son miles los nuevos religiosos y religiosas que llegan a la mayoría de edad y nos traen con ellos las riquezas de otros pueblos, culturas, y la capacidad creadora de una nueva imaginación de la caridad.

El encuentro que se produzca entre estos regalos fabulosos será nuestro desafío (es decir, nuestro problema y nuestra oportunidad) para los próximos años. Los desafíos son llamadas a la imaginación para encontrar respuestas creativas.

¿Un presente precario? Mi respuesta es ¡no todavía! Tenemos tiempo para un nuevo proyecto de misión “inclusivo” en el que nadie sobre, ni falte; en el que la veteranía y la juventud generen un proceso creador hasta ahora no visto, y con los rasgos de la posmodernidad y la globalización, que nos hace actuales y católicos.

II. Atender a la crisis de sentido: el tedio

La falta de esperanza se manifiesta en el fenómeno del tedio².

“No se ha prestado al tedio la atención que merece como factor del comportamiento humano. Estoy convencido de que ha sido un poderoso agente a través de los tiempos. Y en la actualidad, lo es más que nunca” (Bertrand Russel).

1. ¿Qué es el tedio?

Cuando estamos afectados por el tedio, el tiempo futuro se nos presenta como realidad repetitiva, sin interés alguno y no como un espacio vital lleno de posibilidades. Lo único que deseamos entonces es que el tiempo pase.

El tedio nos surge cuando no podemos hacer lo que queremos o, cuando –que es peor aún– no sabemos lo que queremos hacer. El tedio manifiesta que estamos desorientados en la vida; el tedio nos produce un enfriamiento psíquico, que amenaza a nuestro espíritu.

“El tedio es como una enfermedad de las cosas mismas, una enfermedad que consiste en que toda vitalidad se extingue para desaparecer súbitamente” (Alberto Moravia).

Para que el tedio no se apodere de nosotros llenamos nuestras agendas de trabajos o buscamos diversiones o formas de ocio. Solemos decir entonces: “¡No tengo tiempo para aburrirme!”. Pero la verdad es que ni los trabajos acumulados, ni las diversiones logran dar sentido a la vida. El vacío interior sigue ahí.

El tedio está ligado al deseo de experiencia y de vivencias que no se ve cumplido. Sólo la experiencia y las vivencias nos sacan del tedio; su ausencia o pobreza lo acrecientan. Y es que cuando “experimentamos” o “vivenciamos” nos encontramos con la originalidad, la novedad de la vida. No obstante, también es cierto que las experiencias y vivencias son pasajeras y lo que en un momento resultaba muy interesante, poco después se vuelve indiferente o cansino.

2. *¿Hay tedio en la vida religiosa?*

El tedio nos aqueja mucho más de lo que suponemos. La vida monástica primitiva era muy consciente de ello. Lo llamaba “acedia”. Una comunidad no funciona adecuadamente, si no es capaz de encontrarle sentido a lo que es y lo que hace.

Los Padres del desierto –como Evagrio- consideraban la acedia pecado grave, realidad demoníaca: el demonio inducía a los monjes a odiar el lugar en que se encontraban e incluso su forma de vida; les introducía en el alma una tristeza profunda. La acedia era descrita como un estado de hastío vital, de agotamiento. La edad media sustituyó el nombre de acedia por el de melancolía o indiferencia apática. Los grandes ascetas veían en la acedia el origen de los demás pecados. Según Casiano, la acedia se opone a la alegría que debemos sentir ante la creación y Dios. A partir del siglo XIV la acedia empezó a considerarse más como una enfermedad que como un pecado.

La acedia sigue presente en la vida consagrada de nuestro tiempo. Es un mal que acaba con la esperanza y desvitaliza, entristece y desapasiona la misión.

Ocultamos el tedio en mil ocupaciones con las que enredamos nuestra vida. Los religiosos sabemos construirnos nuestra agenda de diversiones que aparcen el tedio: tenemos, por ejemplo, nuestros tiempos para la radio, para el periódico, para la televisión, para el ordenador, para el departir con la gente, además –obviamente- del trabajo de cada día. Es probable que con esa agenda nos falte tiempo incluso para la oración, para el estudio, para el diálogo con nosotros mismos. Si algún día las circunstancias nos obligan a tiempos prolongados de silencio o inactividad, descubrimos nuestro vacío interior y el “horror vacui” (horror al vacío) que nos produce estar solos con nosotros mismos. No aguantamos el silencio, ni la soledad... Porque entonces aparece el tedio.

Lo grave de todo esto –referido a la vida religiosa- es que el tedio manifiesta la exclusión de Dios de nuestra vida. Pascal decía que el hombre sin Dios está condenado al tedio: “No es necesario poseer una mente privilegiada para comprender que no existe nada que nos contente de forma real y duradera sobre la tierra” (Pascal). El ocio y el tedio conducen a la minimización de la vida. ¿Cómo volver lo tedioso en algo interesante? ¡Llenando de contenido, de ser, la vida! El tedio es como una muerte en vida.

3. *El tedio como paso hacia la creatividad*

Quienes, sin embargo, no rehuyen el tedio, sino que lo acogen y aguantan, pueden estar preparándose para un momento creativo. Así lo veía Nietzsche cuando decía que “esa desagradable calma del espíritu” que es el tedio puede ser el precedente de la acción cre—adora. Los espíritus creativos retienen el tedio. Los simples, lo rehuyen. El tedio puede funcionar –decía Heidegger- como una iniciación a la metafísica, al encuentro con Dios. La espiritualidad

puede nacer en la nada del tedio. El tedio le quita al mundo su hospitalidad: se echa entonces en falta un mundo-hospitalario. El tedio nos hace añorar el tiempo que llamamos “kairós”, evento, presencia de la Gracia.

Hay un tedio superficial y un tedio profundo. En el tedio superficial uno se siente vacío de las cosas que lo rodean. En el tedio profundo, uno se siente vacío de todo, incluso de uno mismo. Nos vemos impotentes ante este tipo de tedio. Lo único que podemos hacer es entenderlo.

El tedio nos hace preguntarnos por nuestra identidad: ¿quién soy? Y me hace cuestionarme si lo que tengo en mí es un fundamento o un abismo. Cuando nos entendemos como un puro presente, nos vemos como abismo. Las referencias tanto al pasado como al futuro nos estabilizan.

Se han buscado muchos remedios al tedio: la relación con Dios (Pascal), el amor (Friedrich Schlegel), la renuncia al yo individual a través de la experiencia estética (Schopenhauer), encontrar sentido al mismo tedio y soportarlo (Bertrand Russel). La cuestión está en que tales respuestas no son definitivas: a la larga, el tedio retorna, pues es pesadísimo y reincidente.

Joseph Brodsky tal vez ofrezca la receta más convincente:

“Cuando el tedio haga presa en ti, sumérgete en él. Deja que te presione, que te arrastre hasta el fondo. El tedio tiene un potencial en virtud del vacío que genera... En virtud de su negatividad el tedio alberga la posibilidad de un cambio positivo”³.

El tedio es un problema capital de la edad moderna. El tedio se extiende cuando las estructuras de sentido tradicionales se derrumban. La liberación de la tradición nos obliga a buscar el sentido por nosotros mismos. El tedio nos conduce a un gran sentido oculto.. Si es profundo causará un cambio en la existencia.

En la vida hemos de soportar una importante cantidad de tedio distribuida por aquí y por allá. El tedio debe aceptarse como insoslayable, como la fuerza de gravedad de la propia vida. Pero tal vez exista una solución: ¡contra tedio, capacidad creadora! El ser humano puede trascenderse, ver la realidad de otra manera, superar los límites del espacio y el tiempo con su imaginación. Puede creer y esperar.

Tal vez en esto consista la “gracia” de la Misión que Jesús nos confió. Vivir ya aquí ahora la utopía del Reino de Dios. Vivir desde la despreocupación, que el encuentro con el “tesoro” nos concede. ¡Y proclamarlo! Y ser testigos de esta maravillosa invención.

III. La capacidad creadora

Hemos utilizado tanto esta palabra últimamente, que cualquier iniciativa era denominada como “creativa”. Hemos llamado “creatividad” a la “imaginación

perezosa y con prisas”. Cualquier improvisación de último momento, sin raíces, sin meditación y espiritualidad previa, ha sido considerada “creativa”. La creatividad en la vida religiosa ha estado privada de fundamento, en no pocas ocasiones. Y esto ha afectado seriamente a la misión.

Nada extraño, entonces, que no pocas personas sensatas se echen para atrás cuando escuchan la palabra “creatividad”. Muestran así su cansancio y en cierta medida desprecio hacia las personas que se consideran creativas.

Y es que la creatividad es otra cosa. Es una palabra válida, cuando significa lo que debe significar⁴.

1. Espacio para el encuentro

Allí donde acontece la creatividad se da un encuentro entre lo humano y lo divino. En la acción creadora nosotros co-creamos con el Espíritu de Dios. Y al decir “nosotros” nos referimos a una realidad misteriosa que nos constituye: átomos de hidrógeno, los alimentos y bebidas que nutren nuestro cuerpo, las ideas que penetran en nuestra mente, el lenguaje que hemos aprendido, la belleza que hemos absorbido a lo largo de nuestros días en la tierra, los encuentros que nos han afectado.

La creatividad es el espacio de encuentro, de reunión entre los poderes divinos de la creación y los poderes humanos de imaginación. Hay creatividad allí donde se da una profunda intimidad con lo divino. “Dios goza cuando ve cómo nuestra alma se agranda”, decía el Maestro Eckhart. Y es que la capacidad creadora nos obliga a ello.

La creatividad no es propia de seres superiores. No ha sido concedida únicamente a los genios. Es una capacidad que hemos recibido de nuestro Creador. El Creador ha creado “creadores”. ¡Lo somos! Pero la cuestión está en cómo desplegar esa capacidad interior, cómo educarla, cómo impulsarnos hacia un pensamiento creativo, una praxis creadora.

2. Fuente de sentido

La creación no es casi nunca el resultado de una intuición repentina, sino que llega tras años de intenso trabajo.

La capacidad creadora es fuente de sentido en nuestras vidas. Entregados a la acción creadora, sentimos que viviendo más plenamente que durante el resto de la vida; y el resultado de la acción creadora es siempre interesante y dador de sentido.

La creatividad acontece siempre en espacios liminales: en la intersección de culturas diferentes, donde creencias, estilos de vida y conocimiento se mezclan y permiten a los individuos nuevas combinaciones de ideas con mayor facilidad. La creatividad es más probable en lugares donde la percepción de las ideas nuevas requiere menos esfuerzo.

La creatividad es un fenómeno sistémico, más que individual. Somos creadores en el conjunto, cuando nos dejamos afectar por el todo. Los sectarios, los cerrados en sí mismos y en sus propios intereses, apenas participan en la recreación del mundo. Su creatividad es negativa. En el fondo, están preparando iniciativas anti-génesis, destructivas.

No obstante, el genio creador parece que se aísla de la sociedad, se recluye en su monasterio artístico. En realidad no se aparta, sino que penetra más profundamente en la humanidad. Es como el psicoanalista que investiga la psiqué humana, o el cirujano que va penetrando por la misteriosa geografía del cuerpo humano. Cuando la persona creadora sale de su aparente aislamiento, es portadora de buenas noticias.

Sin una buena dosis de curiosidad, admiración e interés por cómo son las cosas y por cómo funcionan, es difícil reconocer un problema interesante. La apertura a la experiencia, una atención fluida que procese continuamente lo que ocurre a nuestro alrededor, es una gran ventaja para reconocer una potencial novedad.

La búsqueda de la creatividad nos sitúa, entonces, en el corazón mismo de la espiritualidad.

3. Miedo a la creatividad

Si le preguntamos a alguien ¿porqué no desarrollas tu capacidad creadora?, tal vez nos responda: ¡porque tengo miedo! ¡Porque soy muy superficial y me falta hondura! ¡Porque se ha apoderado de mí la tristeza! ¡Porque estoy enfermo y puedo morirme pronto! ¡Porque no me van a aceptar! ¡Por el precio que he de pagar por ello! ¡Porque soy un perfeccionista! ¡Porque Dios no me ha concedido ese don!

Dentro de nosotros hay una persona con capacidad creadora. ¿La dejamos inédita, como un talento que no se trabaja, como un germen que no se desarrolla? ¿Responde a su vocación, quien no responde a su capacidad creadora? Todo en la creación está en constante proceso creador, procreador. Por eso, hay vida. El ser humano tiene conciencia de ello. Puedo realizarlo de forma intencional y cordial. Puede hacerse “regalo” desde su capacidad creadora: ¡un regalo único!

El Maligno es el anti-creador por antonomasia. Sólo desea destruir y acabar con la vida. ¡Eso es el pecado! ¡Renuncia a la capacidad creadora en uno mismo y bloquearla en los demás! El pecado es Anti-Génesis. Cuando llega el Liberador-Jesús se produce un “génesis” (Mt 1,1.18).

4. A partir de la hondura

La creatividad nos lleva al desierto, a la soledad, a aquel lugar donde se inicia la liberación de nuestra capacidad. Sólo será creadora aquella vida consagrada cuyos miembros resistan el silencio, se recluyan en el monasterio

de su soledad interior, resistan la acedía y esperen la llegada del Espíritu.

No se busca la soledad por la soledad, ni el silencio por el silencio. Se va allá por la urgencia creadora. Quien se siente desafiado por todo lo que ocurre en el mundo, en la sociedad, en la Iglesia, en su Comunidad, en él mismo, busca en la soledad el ámbito para madurar las respuestas, reorganizar las intuiciones, proyectar la misión.

Tal vez los cuarenta días de Jesús en el desierto nos hablen de su inquietud interior por encontrar las líneas más creadoras en su misión. De allí parten sus discursos, sus acciones transformadoras y sanadoras, su espiritualidad más honda.

Poco creativa será esa vida consagrada que se desparrama en mil actividades, que se ve obligada a improvisaciones de última hora, que sólo se sirve de plagios y renuncia a cultivar su pozo de sabiduría interior y extraer de él lo mejor.

Cuando llega la capacidad creadora, concedida por el Espíritu, renace la alegría. “¡Alégrate, agraciada!”. Se acaba el hastío, el tedio de la vida. La inquietud interior ha encontrado respuesta. Y esa respuesta es considerada ¡pura gracia! ¡inspiración! Cuando llega la inspiración todo se intensifica en nosotros. El cuerpo vibra y se emociona. Todo renace para contribuir –en misión compartida– al resultado creador.

La unión con el Spiritus Creator es la fuente más genuina de la alegría. Sólo quienes sienten ese gozo interior pueden evangelizar, transmitir la Buena Noticia. ¿Cómo puede ser mensajero de la Alegría (Mebasser o Evangelizador) una persona apesadumbrada, entristecida, que siente el tedio de la vida, a quien todo le aburre? La inspiración creadora es fuente de evangelización: primero para nosotros mismos, después para los demás.

Quien se siente movido por el Espíritu Creador piensa a veces que está loco. Algo de locura salvaje está presente en quienes han recibido la gracia de la pasión creadora. Quizá esto sea el “temor de Dios”: una especie de estremecimiento ante una capacidad que nos excede por todas partes, pero que moviliza hasta los miembros más pequeños de nuestro cuerpo y los sentimientos más insignificantes de nuestro espíritu. La inspiración lleva al éxtasis. No hay que domesticarlo. ¿De qué nos sirve una vida consagrada que nunca se extasía?

5. Ámbitos de creatividad más urgentes

Creo que nuestra capacidad creadora, como misioneros y misioneras del Reino de Dios, como humildes mediaciones de la Gran Alianza de nuestro Abbá con la humanidad, nos lleva a tres ámbitos que hoy, más que nunca, la necesitan:

a) El ámbito de la religión y la liturgia

Ante la insensibilidad de muchos de nuestros contemporáneos ante nuestro Dios, ante nuestra religión, ante nuestra fe, ¿no deberemos empeñarnos en hacer surgir nuevas formas litúrgicas, religiosas, culturales? ¡Las que el Espíritu nos

da, pero nosotros todavía no hemos descubierto! El arte litúrgico todavía es medieval o renacentista. Guarda evidentemente los rasgos de nuestra gran tradición. Lo cual está muy bien y es necesario. Hemos introducido elementos nuevos, pero bastante pobres desde la perspectiva de la creación. La gran música contemporánea está fuera de nuestras iglesias y religiones. Las nuevas tendencias artísticas en la imagen, en la escultura y arquitectura, en la danza y en la expresión, apenas rozan nuestra fe y creencias. La belleza creada se nos escapa y nos contentamos únicamente con ser los dueños de la “Belleza increada”. De esa belleza divina no sabemos cómo hablar. Nos faltan el lenguaje, las formas, los sonidos.

No hay controles de calidad a la hora de crear una nueva imaginativa de la fe. Es verdad que algunos pastores han demostrado muy poca sensibilidad ante la creación y se han encastillado en “el arte sacro” para mantenernos atados al pasado antiguo y medieval con algún resabio renacentista.

Lo mismo le ocurre a la expresión teológica. Se le impide la expresión creadora. Se desconfía mucho de la imaginación, de la creación. Por eso, también hay teologías que cansan. Aburren, hastían, matan la esperanza.

El Espíritu Creador, sin embargo, actúa por doquier. Cuando no puede penetrar por una puerta, lo hace por la otra. Hay creatividad religiosa, teológica en nuestro mundo. Lástima sería, que llegue a nuestra casa y los de la casa, no lo reconozcan.

b) El ámbito de la mejora institucional de la Iglesia

La Iglesia necesita dar pasos adelante en sus estructuras. Es el tiempo de la imaginación organizativa e innovadora. La iglesia posconciliar se ha redefinido a sí misma como Iglesia de comunión y de misión. La comunión y la misión han de configurarla.

No tenemos dificultad teórica en admitir que el laico es un auténtico sujeto responsable de la vida eclesial; pero de hecho, lo acogemos como un mero voluntario –sin estatuto y sin remuneración- al que se le pide su trabajo e incluso su aportación económica; ha llegado el tiempo en que hemos de dar un reconocimiento oficial, jurídico y litúrgico a muchos servicios de los laicos. ¿No está llegando el momento en el cual ellos han de ser llamados a participar en las decisiones más serias de la vida eclesial, como elección de párrocos, obispos y hasta del Papa? El camino sinodal de bastantes iglesias particulares es un primer paso, que requiere seguir siendo tomado en serio.

La capacidad creadora ha de encontrar espacios nuevos para el genio femenino en la Iglesia. Las mujeres de nuestro tiempo han de encontrar en nuestra comunidad de fe un espacio para la esperanza, horizontes que den sentido a la vocación que sienten en lo más profundo.

La capacidad creadora ha de ser capaz de encontrar nuevas formas de

distribución de los poderes eclesiales y de reconocer aquellos que todavía están inéditos.

c) El ámbito de la misión

La misión es fuente de novedad. Las energías del cosmos, las riquezas de los pueblos, las culturas y las religiones, llegan a la Iglesia a través de la misión. La iglesia, en permanente diálogo de vida, ofrece a la sociedad el mejor alimento, el Pan que viene del cielo. Es más importante que ofrezca la riqueza de la Palabra y de sus Sacramentos, de sus procesos de sanación y superación del mal y de sus itinerarios de espiritualidad, que no la magnificencia de sus templos y la majestad de sus autoridades. Participar de una Iglesia en misión es encontrar el sentido de la vida, superar el tedio, encontrar razones para vivir, ser agentes activos de la Esperanza.

Dentro de la Misión, el anuncio del Evangelio desafía nuestra creatividad. Necesita ser traducido dos veces: la primera traducción a las lenguas de los pueblos; la segunda traducción como Palabra de Dios para el ser humano globalizado, posmoderno.

El Evangelio ha de ser traducido a nuevas lenguas. Las traducciones deficientes deben ser urgentemente corregidas. Las traducciones han de responder a la verdad de nuestra tradición cristiana y a la cultura que la recibe. Necesitamos urgentemente generaciones nuevas de exégetas indígenas, de intérpretes que – en la variedad de culturas- hagan emerger la Palabra de Dios en la belleza de nuevas lenguas y mundos simbólicos. El genio femenino y masculino puede ofrecer hoy a la traducción de la Biblia un nuevo esplendor, belleza y atractivo.

Y se necesita una segunda traducción: el anuncio del Evangelio al ser humano que vive en un momento de globalización, de posmodernidad, que adolece de pérdida de sentido religioso y trascendente, que se siente alienado por el trabajo, por todo un entramado de diversiones.

El anuncio del Evangelio ha de ser insistente, sin tregua. Ha de ser creador e innovador. Lleva consigo la belleza siempre antigua y siempre nueva.

Dentro de la Misión, el “*servitium caritatis*”, los ministerios de la caridad, requieren una nueva imaginación creadora. Hay en nuestro mundo muchas personas de todas las edades, que sufren las heridas de muerte de la injusticia, de la guerra, de la corrupción, de la violencia. La comunidad de Jesús se siente llamada a salir a todos los caminos para atender, acoger, hacerse hospitalidad samaritana. La misión de la caridad encuentra hoy formas nuevas de expresión dentro de la gran red de la globalización. Aquí es donde la misión evangelizadora y nuestra liturgia reencuentran su credibilidad ante la sociedad.

Conclusión

La vida consagrada está viviendo un momento único en su historia: como

Pedro es llamada a caminar sobre las aguas. No puede seguir sentada, sin sentido, afectada por el aburrimiento en la barca. Jesús la llama a salir, a entrar en el agua y a caminar sobre las olas. Ella obedece y pone sus pies en el agua. Lo imposible se hace realidad. Pero, tras los primeros pasos, el viento arrecia. La vida consagrada siente que se va a hundir. Grita al Señor. El Señor le pide fe, confianza absoluta, esperanza. Ahí están las manos que la salvarán.

La creatividad es un salto en el vacío: es la posibilidad de lo aparentemente imposible. Dar el salto al ámbito de la creatividad es la salvación para nosotros y para nuestras hermanas y hermanos. En el momento creador el tiempo se vuelve fecundo. El “sentido” nos visita. El entusiasmo se torna creciente. Entonces merece la pena vivir y morir.

- ¹ Rosnay, Joel de – Servan-Schreiber, Jean-Louis – Closets, François de, *Una vida extra, La longevidad: un privilegio individual, una bomba colectiva*, Anagrama, Barcelona, 2006.
- ² Cf. Lars Fr. H. Svendsen, *Filosofía del tedio*, Ensayo Tusquets, Barcelona 2006; cf. Peter Handke, *Versuch ubre di Müdigkeit*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1989; Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, Acantilado, Barcelona 2002; Pound, Ezra, *The Cantos*, Faber and Haber, Londres 1975.
- ³ Joseph Brodsky, *Til kjedsomhetens pris (el precio del tedio)*, en *Hvordan lese en bok (Cómo leer un libro)*, Aventura, Oslo, 1997.
- ⁴ Cf. Matthew Fox, *Creativity: where the divine and the human meet*, Penguin, New York 2004; Mihaly Csikszentmihalyi, *Creatividad, El fluir y la psicología del descubrimiento y la invención*, Paidós, 1998.